



## Podemos confiar en el ser humano

Ante tanta noticia desalentadora, parece que tienen razón las películas norteamericanas en las que se nos cuenta cómo el mundo está muy mal, los malos son muy malos, y hace falta un «superhéroe» cargado de mala leche, de mucha violencia y de armas imposibles para poner orden en el mundo. Muchos, que no todos, siguen pensando que esa es la solución: un bruto sin talento que impone la ley del más fuerte.

Ese es el modelo que nos venden en innumerables títulos de películas de segunda clase, que el aterrado y desinformado espectador consume con fruición. Ante tanta cantidad de «malos», exigimos «héroes» que nos defiendan. Nosotros les daremos nuestro beneplácito y aplauso compulsivo.

En los medios de comunicación social se están hablando de decir que Ignacio Echevarría es un héroe porque defendió con un pañín a una mujer que estaban acuchillando, y eso le valió la muerte. Aplausos generalizados.

Yo no me conformo con esa reflexión. Por muchos motivos. Primero porque Ignacio es un héroe que no llevaba armas como los héroes de las películas; además porque él no buscó la violencia, sino que se la encontró. Más aún, murió en la reyerta, y los héroes de película no suelen morir; salen ilesos entre el aplauso de la gente.

Análisis muy corto. Hay que seguir. La actuación generosa de Ignacio nos lleva a considerar la condición humana. Hay dos tipos de personas: los que viven pensando solo en ellos y en sus intereses y los que ponen al otro, especialmente al débil, por delante de él mismo. Los primeros conjugan solo el pronombre personal «yo»: «yo pienso», «yo hago», «yo decido». Son del grupo del «yo/mi/me/conmigo». Un sacerdote sabio amigo, don José María Piñero, nos hablaba de las etapas del ser humano y decía: «el niño dice: “yo,

yo”; el joven: “yo, ya...”; el maduro dice “ya, yo...”; y el anciano responde a todos: “ya, ya...”. La mayor parte del mundo se mueve en la etapa del niño: «yo, yo».

La madurez supone pasar de que uno se considere el «centro» del mundo a poner a los demás en el centro. Hay un camino de desapropiación, de desinstalación, de despojo en la madurez del ser humano: me importan más los demás que yo mismo. No siempre se puede hacer en la vida, pero ese es el camino: los padres piensan en ellos porque piensan en sus hijos; el camino no es que «yo» quiero ser feliz, sino que «yo quiero que ellos sean felices». Esa es la diferencia.

Ignacio debía estar ya en esa etapa de madurez. No pensó en él, sino en la mujer que estaban acuchillando. No le importó su vida, sino la vida de otra persona, que además desconocía.

En la tele, han dicho, como de pasada, como si no fuera importante, que «Ignacio era muy religioso»; y han añadido «iba todos los domingos a misa». Yo me pregunto: ¿a lo mejor tiene algo que ver esa madurez, ese desposeimiento, ese desprecio ante la muerte cuando se juega la vida de otra persona, con el comportamiento de Ignacio? Si Ignacio iba a misa todos los domingos, conocía ese evangelio que dice: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13); y otro que dice: «El que quiera guardar su vida la perderá, pero el que la pierda la ganará» (Mt 16,25).

Sea como sea, nuestra reflexión podría ser esta: no todo está perdido; hay gente mala, pero hay gente muy buena, como Ignacio, que entienden que la vida es para darla por los demás y no para guardársela. ¿No fue eso lo que nos enseñó Jesús, el de Nazaret, el que murió en una cruz? Amigos, no desfallezcamos, podemos confiar en el ser humano.

**Pedro Ignacio Fraile Yécora**  
jueves, 8 de junio de 2017

### PARA HACER

- 1• Leemos este comentario. ¿Qué nos dice? ¿Qué nos parece? ¿Cómo nos hace sentir?
- 2• Buscar más noticias y datos del mismo hecho. Hay muchos. ¿Cuál recalca cada uno?
- 3• La familia también ha sido un ejemplo. Buscamos datos y los comentamos.
- 4• ¿Qué hubiéramos hecho nosotros?